

mente con su responsabilidad dentro de la filosofía, que ella concibe como filosofía de la ciencia. Su interés por las ciencias naturales la llevó a estudiar, en la propia UNAM, la carrera de Médico cirujano, de la que se titula en 1973 y ejerce desde entonces.

Son pocas las personas, en realidad, que pueden llevar a cabo, de manera notable y comprometida, dos quehaceres, cada uno de los cuales requiere, desde perspectivas distintas, de un rigor y de una precisión particulares: Vera Yamuni ha sabido complementar una vida dedicada a la reflexión filosófica con un ejercicio profesional eminentemente práctico, como lo es la medicina.

<sup>1</sup> Vera Yamuni, *José Gaos. El hombre y su pensamiento*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1980, pp. 5-6. (Col. Seminarios)

## Agustín Yáñez

*Eugenia Revueltas*

La imagen de un maestro se va construyendo a través de la voz y la memoria de los alumnos que a lo largo de uno o varios años y también y ¿por qué no? de una ocasión recibieron sus enseñanzas. Poliédrica imagen de luces y sombras de innumerables aristas y facetas. Memorioso rescate hecho de afectos y rechazos, de admiraciones apasionadas y glaciales indiferencias, de regocijada e irónica remembranza o de juvenil encono ya atemperado por la edad. Construcción de la imaginación y la memoria que salva del olvido ese fluir innasible y nostálgico de la vida estudiantil.

Yo no fui alumna del maestro Yáñez (1904-1980) aunque sí apasionada lectora de *Al filo del agua*, *Las tierras flacas*, *La creación*, *Archipiélago de mujeres* y *Flor de fuegos antiguos*. La figura del creador se alzaba poderosa e inquietante y poco correspondía a la imagen que proyectaban los que fueron sus alumnos y aun a las imágenes fotográficas que la prensa publicaba. Las fotografías me mostraban un hombre serio, adusto, de ojos y cabellos oscuros, mirada impenetrable y distante; cuando las veía me recordaban de alguna manera a Benito Juárez; tenía algo de marmóreo y hierático.

Para tratar de hacer una semblanza que explicara esta aparente paradoja acudí a aquellos que habían sido sus alumnos. Pregunté a José Luis González, Armida de la Vara, Arturo Souto y en el recuerdo a Luis Rius, cómo había sido su maestro Agustín Yáñez. Una mañana hablé a



Agustín Yáñez, Julieta Margarita Tapia y José Romano Muñoz, 1962.

San José de Gracia y desde el *Pueblo en vilo* vino la voz siempre animosa de Armida: “Si, yo fui su alumna en Teoría literaria y todo el año estuvimos leyendo un enorme libro de autores alemanes ¡muy profundo y muy complicado! La verdad es que después de horas y horas nos quedamos como en la luna de Valencia”. La imagen de un maestro deseoso de hacer participar a sus alumnos de sus conocimientos, de poner en sus manos instrumentos teóricos que les permitieran ser unos profesionales de la literatura es dominante en el recuerdo de sus alumnos.

No hacía mayores esfuerzos por ser brillante o divertido en sus clases, más bien el tono monocorde de su voz, la medida de su expresión y aquella mirada que traspasaba a los alumnos como si no estuvieran ellos presentes, como si sólo dialogara consigo mismo, hicieron que muchos de sus alumnos consideraran sus clases un tanto aburridas, pero para los mejores de ellos, debajo de esa aparente grisura se ocultaba una inteligencia brillante y una acusada sensibilidad.

José Luis González recuerda cómo en el Seminario de creación literaria leía aquellas obras que por alguna cualidad, sea de composición, concepción o articulación verbal, podría servir como catalizadores de la capacidad creativa del alumno. Se trabajaba a veces con Proust, Flaubert o Morris West. El solo enunciado de estos nombres nos resulta, por lo menos, extraño, aunque según José Luis tal selección servía al funcionamiento del curso. José Luis recuerda cómo un día le llevo un grupo de cuentos ya editados y el maestro, tal vez distante pero

amable, le dijo: usted ya no necesita tomar este curso, es un escritor. A pesar de ello José Luis siguió asistiendo al curso.

Agustín Yáñez gozó de esa especie de *paraíso perdido* que fue la Facultad de Filosofía y Letras en Mascarones. Clases, conferencias y cortesías, aunque distantes, charlas con los alumnos formaron el entorno vital de este escritor y maestro que entregó tal vez lo mejor de sí mismo a nuestra Facultad.



Oscar Zorrilla, 1975.

## Óscar Zorrilla

Jaime Erasto Cortés

Óscar Zorrilla (1934-1984) fue un universitario cabal. Su paso ha quedado registrado en el Teatro de Coapa, en el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras, en el Colegio de Letras, en el Posgrado y en el Sistema Universidad Abierta de nuestra Facultad.

Como jefe de División del SUA supo entender los fines y características del aprendizaje dirigido, por lo que trazó un perfil acorde sin soslayar una concepción administrativa indispensable. Impulsó, en consecuencia, la elaboración de planes de estudio propios y respaldó la preparación de los instrumentos escritos correspondientes. Este serio y responsable trabajo lo condujo mercedamente a la Coordinación General, desde donde buscó que tal modalidad educativa se ubicara con justo rango en el medio académico y escolar.

Lo anterior no resultó difícil porque a Zorrilla le bastó imprimir los rasgos de su persona (afabilidad, discreción, atingencia) y las cualidades de su intelecto (capacidad de análisis y de síntesis, exposición fundamentada de las ideas, habilidad para la planeación y la organización).

Quizás parezca obvia y gratuita la mención de dichos atributos; sin embargo, debe considerarse que se trataba de un hombre de letras empeñado en conducirse como un buen administrador. Así, las tareas inherentes a sus cargos se mezclaban, sin interferir, con: Artaud (*Metafísica de la escena*, 1967, *El teatro mágico de Artaud*, 1977), la cátedra de Literatura española de la Ilustración, el Seminario de estudios etnodramáticos, la narrativa de otros continentes (*La novela europea contemporánea*, 1978), la divulgación de las literaturas antiguas, la creación cuentística (*Ficción*, 1977), la enseñanza y la traducción de las lenguas, los textos didácticos (*Cómo leer teatro*, 1980), el cine de Kurosawa, *El idiota* de Dostoievski ("Al mundo lo salvará la belleza", 1985).